

que como él habían atacado repetidas veces á los obispos y su conducta. Los tres fueron expuestos á la vergüenza pública el mismo día: á Burton y Bastwick les cortaron las orejas, y á Prynne le arrancaron lo poco que le habían dejado la otra vez al cortárselas. El valor de las tres víctimas fué heroico. Hablaron con gran confianza del triunfo á los miles de personas que arrojaban flores en su camino y lamentaban en alta voz sus padecimientos. Se les había condenado á prisión perpetua y les conducían entonces á la cárcel, pero ninguna de las de tierra firme parecía bastante segura; pues donde el pueblo les veía corría en tropel para saludarles. Por fin se decidieron á llevarles á Jersey, á Guernsey y á la isla Scilly, donde les tenían lejos de la vista del mundo.

Cuán grandes progresos había hecho el espíritu de oposición y lo violento de la exasperación, puede notarse perfectamente en las poesías de la juventud de John Milton. Este, hijo de un acomodado notario de Lóndres (nació en 9 de diciembre de 1608), se había desarrollado con gran rapidez, había sido educado con sumo cuidado y poseía conocimientos nada comunes, habiendo estudiado siete años en Cambridge. Resistióse á los deseos de su padre que quería dedicarle á la carrera eclesiástica, y por el contrario quiso crearse una situación independiente empleando sus solas fuerzas. Buscando sus ideales en la antigüedad y poseído al mismo tiempo de fuertes sentimientos religiosos, fué poeta, uno de los últimos grandes poetas del renacimiento inglés, el mas grande del puritanismo inglés. En verdad que en sus primeros ensayos no se lee nada contra el sistema reinante, pues celebra en sus cantos un prelado que Laud podía considerar como su maestro, y en su «Penseroso» admira las majestuosas columnas, los ventanales de colores, las armonías del órgano y los coros de la iglesia. Pero en el «Comus», pieza arreglada para una festividad y llena de gracia chispeante (1624), celebró el triunfo de la casta virginidad sobre el arte de la seducción, exponiendo ante un público formado de personas pertenecientes á los círculos de la corte, sus ideas puritanas sobre el mundo. Tres años despues publicó el «Lycidas», melódica lamentación pastoril escrita en memoria de un amigo que se había ahogado y debía dedicarse á la carrera eclesiástica. En ella y bajo una fórmula alegórica se contiene una terrible acusación contra el sistema político-religioso dominante. El poeta hace aparecer á San Pedro, que se lamenta de la muerte de tal pastor cuyo lugar hubiera preferido que ocuparan muchos otros, pues que muchos que debían apacentar las ovejas «se encerraban en los cercados solo en beneficio de su estómago», solo pensaban en tomar la mayor parte en el festín de trasquilar los carneros, procurando despedir á los convidados, «é ignoraban todo lo que debía saber un buen pastor.» «Se entretienen en cantar melodías insulsas, mientras los carneros pasan hambre y mueren, sin contar los que el furioso (romano) lobo arrebató y destroza.» Pero Milton ve acercarse la época de la venganza. Ve «la poderosa máquina de doble acción», la espada de dos filos del Apocalipsis,—símbolo del Parlamento dividido en dos partes,—que está pronta á dar golpes destructores.

El poeta expresaba lo que la mayoría del pueblo llevaba en el corazón. Pero por mas que los contrarios del gobierno odiasen mucho á Guillermo Laud, les parecía aun mas terrible otro enemigo, que era de todos los servidores del Rey el que poseía mayor energía é inteligencia. Este era el hombre orgulloso, de ardiente mirada y frente serena, que como regente de Irlanda, y á pesar de sus padecimientos, trabajaba febrilmente, y sabía allanar y vencer por la astucia ó la fuerza todos los obstáculos que se le oponían. Wentworth encontró los asuntos en tan mal estado en la verde Erin, que hu-

bieran asustado á una naturaleza menos activa y arrojada. Las tribus salvajes de los indígenas celtas mezcladas con las colonias inglesa y escocesa, la doble enemistad de los oprimidos y de los católicos contra los opresores y anglicanos, la propia Iglesia anglicana sin ser respetada y sin recursos, pobreza é ignorancia en las masas, orgullo y egoísmo en los grandes: tal era el caos en que el regente intentó poner orden, observando las leyes vigentes cuando podía interpretarlas segun sus deseos, ó bien infringiéndolas sin escrúpulo cuando servían de medio de resistencia á su férrea mano. Su poderosa acción se extendió á todas partes. Protegió las costas contra los ataques de los piratas; implantó la industria de la fabricación de tejidos de lienzo del Norte; fomentó la industria y el comercio; aplacó el orgullo de los poderosos, y la Iglesia recuperó lo que manos criminales le habían arrebatado. Pero para conseguir sus fines usó de todos los medios que tenía á mano, hirieran ó no los sentimientos religiosos, faltaran á las leyes ó á las promesas mas categóricas. Necesitaba un ejército permanente y un tesoro lleno. Un Parlamento que nadie podía considerar como representación de Irlanda, fué tan trabajado con promesas y amenazas, que por fin acordó todo lo que él deseaba. Determinó apoderarse de gran extensión de terrenos en Connaught en nombre de la Corona para entregarlos á colonos ingleses, y como un jurado tomara la defensa de los derechos de los propietarios, fué puesto en acusación á causa de su veredicto, y se le castigó; y si se encontraba con un empleado rebelde, lo sujetaba en seguida á un consejo de guerra, al que obligaba á condenarle á muerte, si bien es verdad que no hacia ejecutar la sentencia.

El objetivo de su sistema de gobernar lo exponía claramente en su correspondencia con Laud. Sabía solo dos maneras de gobernar el mundo «recompensa y castigo», y únicamente reconocía dos clases de hombres: los que se dejaban comprar y aquellos á quienes debía amordazarse porque no eran venales. Lo que había conseguido en Irlanda creía que era posible también en Inglaterra. Temblar ante el nombre de Eliot ó por las palabras de Prynne le parecía la mayor «locura.» El Parlamento no le atemorizaba en lo más pequeño, pues que la experiencia adquirida en Irlanda le había enseñado la manera de hacer suyo el Parlamento. Ante todo le parecía imprescindible que el rey se creara en Inglaterra un poder militar permanente como él tenía á su disposición en Irlanda. Cuando Hampden fué condenado, dijo que dicho fallo había sido lo mejor que los juristas habían hecho toda su vida en beneficio de la Corona. «Pero, añadió, mientras no se conceda al rey el derecho de organizar un ejército nacional en caso necesario, el poder de la Corona en Inglaterra descansa en un solo pie.» Indudablemente tenía razón, pues una monarquía que por sí sola tuviera el derecho de imponer contribuciones y de mandar un ejército permanente, era sin duda omnipotente, aunque continuara usando el nombre de gobierno parlamentario. Este hombre que en tan poco aprecio tenía á sus semejantes, aunque no contaba con el completo apoyo de Carlos I, aunque se veía combatido por varios cortesanos y siendo considerado como traidor por sus antiguos compañeros, todavía continuaba con la vista fija en sus fines; llevar á Inglaterra el despotismo que había implantado en Irlanda. Pero vinieron sucesos que conmovieron y trastornaron los fundamentos del gobierno, y dieron expansión á las fuerzas comprimidas del espíritu inglés.

CAPÍTULO III

LAS REVUELTAS EN ESCOCIA Y EL PARLAMENTO CORTO

El golpe inesperado contra el poder sin límites de la monarquía inglesa tuvo su origen en Escocia, reino hereditario

de los Estuardos (1). El pequeño y enérgico pueblo de los escoceses contenía elementos que necesitaban una gran habilidad para manejarlos, si no se quería que se hiciesen peligrosos. Una nobleza rica y orgullosa había luchado largo tiempo con la monarquía para ver quién alcanzaba la dominación; el clero, perteneciente á la escuela de los Knox y de los Melville, calvinista acérrimo y valeroso, tenía gran influencia sobre las masas. Con el triunfo de la Reforma se había apoderado de los ánimos aquel espíritu severo y grave que se manifestó bajo la forma del presbiterianismo. La organización de la Iglesia tenía carácter democrático, pues colocaba á los laicos al lado de los pastores, y ponía al fuerte y al débil bajo el mismo yugo. Con ayuda de la nobleza, que envidiaba al clero su importancia, se constituyó una especie de episcopado en la Iglesia escocesa. Cierta número de eclesiásticos poseedores de títulos y rentas de obispos, tenían algunos privilegios que sin embargo eran muy inferiores á los de sus colegas ingleses. Con los dos arzobispos de San Andrés y de Glasgow, se habían formado dos tribunales de la Comisión Suprema que eran órganos de la jurisdicción eclesiástica. También se aceptaron cinco artículos en la asamblea religiosa de Perth que poco despues fueron ratificados por el Parlamento en Edimburgo, en virtud de los cuales se introducían en la Iglesia escocesa algunos de los usos de la inglesa. A pesar de ellos continuó esta Iglesia conservando sus principales caracteres, sus dogmas ginebrinos, sus ritos sin adornos, sus presbiterios, sínodos y asambleas generales, en los cuales trabajaban juntos los ancianos laicos y los eclesiásticos.

El pueblo escocés no hacia ningun misterio de su aversión á las novedades introducidas, despreciaba á los obispos, y se burlaba de las nuevas ceremonias. Pero tardó en encontrarse en Escocia un hombre como William Laud. Este, apenas llegó á la cumbre del poder, cuando resolvió llevar el otro lado del Tweed la igualdad de las formas exteriores y «la belleza de la santidad.» En Inglaterra había logrado dominar á sus adversarios puritanos, en Irlanda le ayudó Wentworth á llevar á cabo sus planes, y solo faltaba llevar el mismo plan de unidad á Escocia. Jacobo I, que conocía el espíritu de su pueblo, había advertido á los anglicanos poseídos de celo intempestivo que no exigieran demasiado; Carlos I que tenía toda su confianza en Laud, le dió plenos poderes. Cuando la coronación de Carlos I ya se habían disgustado los sentimientos religiosos del pueblo escocés por la contemplación del aparatoso ritual anglicano. En el Parlamento que se reunió poco despues encontró gran oposición la sola tentativa de pedir que se autorizara al rey para cambiar los trajes eclesiásticos. Hombres pertenecientes á la alta nobleza se pusieron al frente de la oposición, y entre los miembros laicos del consejo privado escocés había no pocos partidarios acérrimos del presbiterianismo. Carlos y Laud no desesperaron, sin embargo; establecieron un nuevo obispado en Edimburgo, se dió mayor participación en el gobierno á los dignatarios de la Iglesia, y la jurisdicción eclesiástica se montó de un modo análogo á la inglesa. Estos

(1) Para este capítulo y las demás noticias de los sucesos en Escocia, deben tenerse presentes los trabajos históricos y de historia religiosa de origen escocés. Como una de las mejores obras de consulta, que al mismo tiempo trata de los sucesos contemporáneos en Inglaterra, debe citarse: *The Letters and Journals of Robert Baillie, 1637-52*. 3 vol. Ed. by David Laing 1841. Baillie era miembro del Sínodo de Westminster, del que hablaremos luego: leyéndolo se oye á uno de los jefes del partido religioso presbiteriano. Respecto de la historia general de Escocia, debe recomendarse en primer lugar á Burton: *The history of Scotland from the invasion of Agricola to the revolution of 1688*, 8 tom. 1867. Con gran copia de datos trata asimismo de los sucesos de Escocia David Masson, en su obra: *The Life of John Milton, 1859-1880*, 6 tomos.

sucesos produjeron gran conmoción en el pueblo; la aristocracia, temiendo por las prerogativas políticas y por la posesión de los bienes eclesiásticos de que se había apoderado, miraba con desconfianza los nuevos obispos; la clase media temía por la obra de sus padres, y los eclesiásticos excitaban el celo de los creyentes en reuniones secretas.

Aun faltaba el complemento á la obra de Laud. Un nuevo libro de las leyes canónicas, redactado por los obispos escoceses y examinado por Laud, establecía la supremacía del rey sobre la Iglesia, le daba el derecho exclusivo de reunir asambleas generales eclesiásticas, ensanchaba los poderes del episcopado é introducía varias modificaciones en las fórmulas del servicio divino. Estos cánones fueron impuestos en 1635 á la Iglesia escocesa, sin que ella los hubiese acordado ni siquiera aconsejado. Dos años despues se publicó el nuevo libro de liturgia, del que se había dicho ya anticipadamente que era una obra «papista.» En efecto, las modificaciones que separaban esta liturgia de la anglicana, en vez de ser favorables á las tendencias del puritanismo, contenían por el contrario cosas que debían producirle aun peor efecto. Al clero en general se le obligó bajo penas severas á hacerse con ejemplares de este nuevo libro litúrgico, y siguiendo sus prescripciones á que modificara el servicio divino que hasta entonces carecía de ornamentación.

El nuevo ritual debía ponerse en práctica por primera vez en Edimburgo en 23 de julio de 1637. Los altos empleados del Estado y del clero, los representantes de las órdenes de caballería y de los gremios se reunieron en la iglesia de San Gil: apenas empezó el dean á leer en alta voz las primeras palabras de la liturgia, se promovió un tumulto indescriptible. Se oyeron gritos de que no se quería aguantar la «misa» del «servicio de Baal.» Las mujeres del pueblo eran las que gritaban mas y arrojaron una silla á la cabeza del obispo de Edimburgo. La revuelta se extendió á toda la capital, á todo el país. El consejo privado de Escocia no tuvo poder suficiente para reprimirla; recibió protestas de todas partes, de la alta y pequeña nobleza, de los gremios, y de los eclesiásticos; y entre los obispos, pocos fueron los que se atrevieron á introducir el nuevo ritual en sus catedrales.

Carlos I permaneció inflexible, decidido á no retroceder ni un solo paso; pero ya le habían arrebatado las riendas de la mano. Varios miembros del consejo privado hacían en silencio causa común con la oposición, la cual, por otra parte, recibió un firme apoyo en los representantes de la nobleza, de los hidalgos, de las ciudades y de los eclesiásticos, cuatro comités que se apoderaron de la administración del país, y apoyándose en el parecer de los primeros juristas trataron de justificar su proceder y pidieron que se aboliera la nueva liturgia y se procediese judicialmente contra los obispos. Como el rey no solo no indicaba que quisiera ceder, sino que por el contrario condenaba como crimen de alta traición las reuniones de los adversarios del episcopado y de la liturgia, el pueblo escocés procedió á una grandiosa manifestación, en la cual se obligó á defender hasta el último extremo el sistema presbiteriano. En una época anterior, cuando la iglesia reformada del país tuvo que luchar con los defensores del catolicismo, se había declarado de un modo solemne por medio de una profesión de fe nacional que se protegería la «verdadera religion» con dinero y sangre, y que se rechazaría con desprecio cualquiera modificación introducida «por cualquiera clase de papismo.» Este juramento, aprobado en su tiempo por el rey Jacobo, fué considerado como un «Covenant», esto es, como una alianza de todos con todos y del conjunto con Dios. Ahora bien, como las últimas modificaciones fueron calificadas en seguida de «pa-

pistas», se decidió renovar aquel solemne juramento, repitiendo la fórmula de 1580, que parecía hecha para las circunstancias del momento.

Poseídas de inspiración religiosa se dirigieron todas las clases, en los primeros meses del año 1638, á firmar el Covenant. Principió este acto en la ciudad de Edimburgo, circularon copias por todo el país, y solo en muy contados puntos fueron mal recibidas.

Al rey no le quedó mas recurso que entrar en negociaciones que debían ser solo aparentes. Envió pues al marqués de Hamilton á su reino del Norte para que calmara la agitación que dominaba en el país. Hamilton era de raza escocesa, pero había sido educado en Inglaterra; tenía grandes relaciones en la corte, era respetado por sus compatriotas, y estaba dotado de maneras tan simpáticas y de un carácter tan natural, que era el mas apropiado para el papel de mediador. Pero sus fuerzas no alcanzaban á resolver el problema cuya solución se le había encargado (1). El mensaje que llevaba de parte del rey no podía satisfacer de ningún modo á los escoceses: Carlos I recordaba sus sentimientos protestantes, prometía introducir solo con medidas prudentes el libro canónico y litúrgico, y convenía en que se modificara la Comisión Suprema y se reuniera en tiempo determinado una asamblea eclesiástica y un parlamento. Pero las instrucciones secretas de Hamilton eran muy distintas. «Soy de opinión, le escribe el rey, de que únicamente la fuerza puede reducir al pueblo á la obediencia. Vuestro cuidado debe ser pues dispersar las masas y apoderaros de los dos castillos de Edimburgo y de Stirling. Os doy plenos poderes para que halagueis como queráis á los escoceses, haciéndoles esperar lo que les propondreis, pero no debeis consentir en la reunión del Parlamento ó de una asamblea eclesiástica hasta que abandonen el Covenant. Debeis entretenerlos mientras yo me preparo á dominarlos.» Precisamente lo que Carlos deseaba mas, esto es, el abandono del Covenant, no se pudo obtener de los escoceses. Hamilton fué á Londres á buscar nuevas instrucciones; pero los resultados fueron tan poco satisfactorios como antes. Se aceptó con alegría la promesa de que se reuniría una asamblea general y el Parlamento, y se oyó con satisfacción que se limitaría el poder de los obispos y que se retiraría el libro canónico y litúrgico. Pero la tentativa de dar al Covenant una importancia menor no obtuvo resultado alguno.

El sínodo que se reunió en 21 de noviembre de 1638 bajo la presidencia del sabio Alexandro Henderson en la catedral de Glasgow tomó en seguida un carácter intransigente; se prescindió de la oposición de Hamilton y de la protesta del episcopado, y la asamblea se declaró competente para juzgar á los obispos; en consecuencia de lo cual abandonó Hamilton la sesión y declaró disuelto el sínodo como culpable de alta traición. El sínodo se negó á disolverse y se encontró apoyado en su resistencia, pues que un miembro del consejo privado, el influyente conde de Argyle estaba á su lado. Sin mas contemplaciones destituyó á los obispos, suprimió el episcopado, el libro canónico y litúrgico, la Comisión Suprema y los artículos de Perth, y restableció la iglesia presbiteriana en su pureza y rigorismo. El movimiento, como sucede generalmente, fué mas allá de sus primitivos fines, pues no solo las innovaciones de Carlos I sino hasta las de su padre fueron suprimidas.

Nunca había visto el rey su dignidad tan rebajada, y por

(1) Completan la notable biografía de Hamilton por Burnet (nueva edición en 1852), los *Hamilton Papers*, publicados recientemente y que son cartas escogidas entre las del período de 1638-1650, copiadas por Samuel Rawson Gardiner en el castillo del duque de Hamilton y publicada en 1880 en la colección de la Camden-Society.

lo tanto ardía en deseos de hacer sentir el peso de su poder á los rebeldes escoceses. Hamilton, irritado por el fracaso de su misión, le inducía á emplear la fuerza contra los «desvergonzados rebeldes,» y Laud y Wentworth creían de toda necesidad para estar seguros de Inglaterra, que se apagara en seguida el fuego de la rebelión en el Norte, pues que ya varios síntomas indicaban que la nación inglesa favorecía con sus simpatías la atrevida tentativa del pueblo vecino. Los preparativos de Carlos encontraron en sus súbditos una mala voluntad asaz manifiesta, y si bien los eclesiásticos dominados por Laud fueron generosos y se sacó algo de los católicos disidentes, los ricos comerciantes de la City respondieron con mucha lentitud á las peticiones del rey. El alta nobleza á la cual se exigió que siguiendo las costumbres feudales prestara los servicios á que estaba obligada, fué á reunirse en verdad bajo las banderas del rey, pero no en el número y con el entusiasmo que era de esperar. Dos de sus miembros, los lores Saye y Brooke declararon que solo el Parlamento podía obligarles á prestar auxilios en dinero, y que solo prestarían sus servicios personales en el caso de que se tratase de la defensa del reino. El cuerpo principal de las tropas estaba constituido por las milicias de los condados del Norte, cuya disciplina y armamento dejaban mucho que desear. Los escoceses por su parte obraban con energía, habiendo establecido un gobierno provisional en Edimburgo. La juventud del país acudía bajo sus banderas; Alexandro Leslie, valiente soldado, tomó el mando, y gran número de oficiales que como él habían servido bajo las banderas de Gustavo Adolfo de Suecia, regresaron con él á su patria, se apoderaron con gran facilidad de los castillos mas importantes y vencieron á los realistas en el distrito de Aberdeen. Los partidarios del Covenant dominaban todo el país y esperaban, confiados en la victoria, el ataque del rey.

Con sentimiento asistía el mundo protestante al espectáculo. Los teólogos suizos deploraban que «un rey evangélico combatiera contra sus fieles súbditos, que la cabeza atacara á su propio cuerpo en un tiempo en que Europa entera estaba entregada á la guerra, y en que los corderos de Cristo eran destrozados á mas y mejor por los lobos (2).» Trataron de unir los partidos que luchaban; pero ya había decidido la cuestión la suerte de las armas. «La primera guerra de los obispos» concluyó con una derrota manifiesta del rey. Como las costas estaban bien vigiladas, las hazañas de la escuadra inglesa se redujeron á apresar un par de buques mercantes y á apoderarse de un par de islas. El ejército, compuesto de unos 23,000 hombres, se hallaba en la frontera; pero Leslie le cerraba con sus tropas el camino de Berwick á Edimburgo. Algunas correrías de los ingleses tuvieron mal éxito; en el campamento del rey crecían la confusión y la indisciplina, y los mismos cortesanos, que tanto se habían burlado de las «cabezas orejadas, rojas y peladas» de los partidarios del Covenant, empezaron á dudar del éxito de la expedición. Entre tanto se habían establecido negociaciones, pues los mismos escoceses no querían llevar las cosas al extremo. En 18 de junio de 1639 se concluyó el tratado de Berwick cediendo el rey en todos los puntos principales, aunque se negó á reconocer la legalidad de los sucesos ocurridos últimamente. Prometió la reunión periódica de los sínodos y del Parlamento, este con facultades para arreglar los asuntos políticos y religiosos. Como término mas próximo de su reunión se señaló el mes de agosto. Los dos ejércitos debían ser licenciados y las conquistas hechas de una y otra parte debían ser devueltas.

(2) La Liga reformada en sus relaciones con Carlos de Inglaterra, con Guillermo Laud, arzobispo de Canterbury, y con los partidarios del Covenant (Crónica de la historia de Suiza, III, 1878).

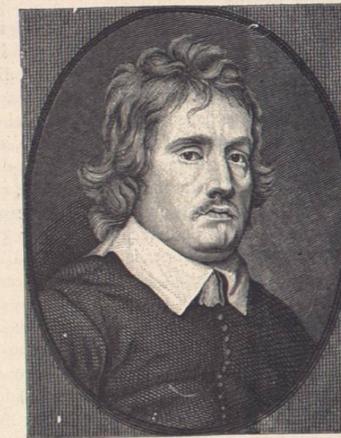
Apenas se hubo concluido este tratado, cuando se presentaron nuevas complicaciones para su ejecución. Los escoceses glosaron de tal modo el acta, que disgustó mucho al rey. El monarca por su parte, si bien había aceptado sin protesta la supresión del episcopado, apenas hubo regresado á Whitehall, cuando aseguró á los obispos escoceses que había cedido «por el momento» y que haría de manera de remediarlo. Les prometió asistir á las dos asambleas escocesas y esperó la ocasión de volver á recobrar lo perdido por medios pacíficos, ayudando á confirmarle en tales intenciones el curso de los debates en el sínodo y en el Parlamento escocés. Contra su voluntad se cumplieron las decisiones de Glasgow que él había considerado como revolucionarias. En vano trató el representante del rey de obtener, en lugar de los obispos destituidos y rechazados, otro elemento jerárquico que dependiera de la Corona, pues el Parlamento quería, por el contrario, obtener derechos extensos, cuya posesión pusiera al monarca en cierto modo bajo su dependencia.

Cuanto mayor era el número de las exigencias de los escoceses, tanto mas firme era la resolución del monarca de oponerse á ellas. Pensó, pues, en una segunda guerra de los obispos, pero antes de aventurarse á ella, quiso tomar consejo de sus servidores mas capaces. Mandó á Wentworth que fuera á Inglaterra, y Wentworth se presentó, aunque atacado por la gota, mas animoso y enérgico que nunca y completamente decidido á que se acudiese de nuevo á las armas, pero convocando antes un Parlamento inglés. Apoyado en su experiencia de Irlanda, desconociendo los sentimientos del pueblo inglés, no vió ningún peligro en que se despertara aquel poder que había estado adormecido por espacio de diez años. Tenía la costumbre de no contar con la fuerza moral y considerarla vencida si había podido dominarla por un tiempo mas ó menos largo. Laud y Hamilton fueron de su opinión, y el rey dió su consentimiento por odioso que le fuera el recuerdo de las asambleas de Westminster. Tenía buenos motivos para creer que esta vez no le faltaría el apoyo del país, pues tenía pruebas de que los escoceses se habían aliado con Francia. Una carta de los partidarios del Covenant, dirigida á Luis XIII, había caído en su poder y precisamente entonces era muy tirante la situación entre Francia é Inglaterra. La reina madre, enemiga declarada de Richelieu, había ido á refugiarse al lado de su hija en Whitehall, fortaleciendo la facción española en la corte. Una escuadra española había buscado refugio en las costas inglesas, aunque no pudo evitar su pérdida. Por otra parte, el cardenal ministro hizo prender al sobrino de Carlos I, el joven príncipe elector del Palatinado, mientras pasaba por territorio francés, para hacerse suyo el ejército sin jefe que había sido de Bernardo de Weimar. Bajo tales circunstancias la alianza de los partidarios del Covenant con los franceses, le pareció al rey doblemente culpable. Esperaba que con este descubrimiento haría profunda impresión y lograría inclinar el Parlamento inglés á grandes sacrificios.

Para caminar sin embargo con completa seguridad se previó el caso de que necesitara otro apoyo, prometiendo los individuos del consejo privado que por su parte harían todo lo posible por dársele. Se formó una lista en la que se suscribieron importantes cantidades, encabezándola el regente de Irlanda con 20,000 libras, y regresó en seguida á su gobierno, pero no ya como lord Wentworth sino como conde de Strafford y con el título de lord-lugarteniente de Irlanda, para recoger auxilios á fin de hacer mas factible la expedición. En pocas semanas consiguió su objeto; el parlamento irlandés le concedió cuatro subsidios y se declaró dispuesto á mayores sacrificios. Se puso sobre las armas un ejército de 8,000 hom-

bres bien equipados para en caso necesario robustecer las tropas del rey. Strafford puso en juego toda su influencia, pues sabía lo que le iba en el lance: «si nuestra obra fracasa, había escrito poco antes á uno de sus íntimos, todos seremos muy desgraciados». Pero confiaba en el triunfo: «vergüenza para el que no tenga valor, había añadido, yo tengo de nuevo el camino para ocupar en tiempo oportuno su sitio en la Cámara de los Lores.

En el intermedio se habían verificado las elecciones; despues de un silencio de once años se vió de nuevo el país



John Pym. Copia de una miniatura pintada en cobre por Finden



Escudo y firma de John Pym

en disposición de hacer constar su voluntad, y mostró en seguida que nada había cambiado en este espacio de tiempo. La oposición se presentó con la misma fuerza y hasta en los puntos en que el gobierno podía ejercer mas influencia fué derrotado. El rey abrió, en 13 de abril de 1640, el parlamento que es conocido en la historia con el nombre de «Parlamento corto». A una breve alocución del monarca siguió un largo discurso del Canciller, John Finch, que era el mismo que tan pobre papel había desempeñado como presidente de la última Cámara de los Comunes, y había contribuido activamente á la introducción del «dinero para buques». El recuerdo de su pasado político le debía enajenar las simpatías de la mayor parte de sus oyentes y asimismo lo que exponía no debía causar gran contento. La única concesión que se hacía por parte de la Corona era la declaración de que en lo sucesivo el cobro de los derechos de aduanas necesitaba ser regularizado por medio de un bill, pero por otra parte se exigía la pronta concesión de subsidios, y solo

despues, y no antes, se tomarian en consideracion las peticiones que tuvieran por objeto el bien público, dando en garantía la palabra del «justo, devoto y bondadoso rey». La necesidad de la guerra con los escoceses fué presentada como el objeto preferente de las discusiones. El descubrimiento de la alianza de los partidarios del Covenant con los franceses, y la lectura de la carta dirigida á Luis XIII, de la cual hacia poco se habian apoderado los agentes del rey, debian, segun opinaba el gobierno, producir una profunda impresion en el ánimo de los patriotas ingleses; pero los escoceses eran considerados como aliados por los puritanos ingleses, y en Francia veian á la poderosa nacion europea que luchaba contra la odiada España.

Los primeros grandes debates de la Cámara de los Comunes hicieron ver claramente al rey cuán equivocado habia andado en sus juicios. Grimstone, uno de sus individuos, expuso en su discurso las distintas reclamaciones que de diversas partes del pais se habian elevado acerca del «dinero para buques», el monopolio, la Cámara Estrellada, la Comision Suprema, etc., y declaró que el peligro que se dibujaba en el interior del reino no era menor que el que, segun el gobierno, amenazaba del exterior. Con energia expuso las infracciones de la «peticion de derechos»: «la cosa pública, dijo, ha sido destrozada y estropeada de un modo ignominioso. La propiedad y la libertad han sido conculcadas. La Iglesia ha sido puesta en desórden; el Evangelio y los que le siguen son perseguidos; la nacion entera está invadida por bandadas de roedores gusanos». Nada dijo contra el rey, que segun la teoría constitucional «no puede hacer ningun entuerto», pero habló de quien le habia aconsejado y de cómo habia podido suceder; y lo hizo como buen puritano por medio de una cita de la Biblia.

Mayor impresion aun produjo John Pym. Este hombre notable, indudablemente el mas importante parlamentario de su época, era conocido hacia ya largo tiempo como uno de los jefes de la oposicion (1); pero entonces obtuvo el primer lugar y lo conservó hasta su muerte. Pym habia nacido en el año 1584 en el condado de Somerset. Su familia era acomodada y él adquirió una vasta instruccion en Oxford, se dedicó al estudio de las leyes, y habiendo ocupado una plaza en la tesorería, se familiarizó con los negocios económicos. Nombrado por primera vez miembro de la Cámara de los Comunes en 1614, fué reelegido en los demás parlamentos, siendo temido por el partido de la corte y muy obsequiado por sus adversarios. Cuando hablaba, todo el mundo estaba pendiente de sus labios, y si sus discursos no iban animados del fuego apasionado que habia mostrado Eliot en los debates, en cambio producian efecto por la claridad de la forma y lo concreto del contenido. Preparados cuidadosamente, ricos en hechos, llenos de particularidades que interesaban, se referian casi siempre á ideas que otros habian concebido ya, pero las expresaba mucho mejor y mas claramente que cualquiera otro hubiese podido hacerlo. Pym habia nacido con el arte de conducir los ánimos y sabia aprovecharse de las cualidades y de los defectos de sus semejantes para acercarse al fin que se proponia. Poseyendo grandes ideas, pero experimentado al propio tiempo en todas las pequeñas intrigas de la práctica, astuto y valiente, activo hasta lo sumo, é incansable, podia considerársele como el mas terrible enemigo de la política dominante y de la constitucion de la Iglesia. Luchaba por la supremacia de la Cámara de los Comunes, sin querer dominar á los Lores ni invadir el terreno de la monarquía. Estaba convencido de la infalibilidad de los

(1) Véase la biografía de Pym en los «Statesmen of the Commonwealth».

dogmas calvinistas, sin pertenecer á los puritanos rigoristas, y en medio de un trabajo excesivo encontraba aun tiempo para disfrutar de los goces de la sociedad. Sus enemigos hicieron repetidas alusiones á su vida privada en folletos y sátiras en verso. Exteriormente era hombre de finas maneras, vestia con sumo esmero, y tenia una fisonomía de rasgos muy marcados y ojos expresivos.

Pym dividió las infracciones de la ley ocurridas en tres clases: las que se referian á los privilegios del Parlamento, las que atacaban á la religion del pais, y últimamente las que se dirigian contra la libertad y la propiedad de los ciudadanos. En un discurso de dos horas expresó el pensamiento de que ante todo debia procurarse satisfacer las reclamaciones del pueblo, siendo ésta la mejor manera de prestar un gran servicio al rey, «pues que el que disminuye el peso favorece la progresion tanto como el que inicia el movimiento.» Se extendió principalmente acerca de los peligros del papismo que queria se considerase como una fuerza política, y trató de demostrar que las maniobras de los obispos conducirían indudablemente á una recatolizacion de Inglaterra. Con estas palabras hizo vibrar la cuerda mas sensible del alma de todos los miembros puritanos y la Cámara adoptó completamente su modo de ver, pocos dias despues, declarando que la deliberacion sobre las reclamaciones del pais debia preceder á toda discusion sobre concesion de subsidios. El rey buscó apoyo en los Lores, y si bien allí tampoco faltaban miembros de la oposicion, la mayoría acordó que debia suspenderse la discusion sobre las reclamaciones é invitó á los Comunes á una conferencia en la cual debia tratarse la cuestion de los subsidios. Los Comunes protestaron contra esa infraccion de sus derechos, y aunque la Cámara alta no modificó su opinion, los Comunes no cedieron ni un ápice de sus primitivos propósitos. Pasaba el tiempo; el gobierno tenia gran prisa en llegar á la posesion de los subsidios y se decidió á hacer una concesion que le pareció muy importante. El rey hizo saber á los Comunes que estaba pronto á no exigir mas el dinero para buques si se le concedian doce subsidios. La promesa era halagadora, pero fué rechazada; pues no se trataba de que la exaccion del dinero para buques cesara en el porvenir, sino de declarar que desde su principio habia sido una medida ilegal. Hampden, á quien este asunto interesaba mas que á nadie, hizo presentar una proposicion para conseguir que se rechazara la mocion régia, que fué retirada por el gobierno. El rey se convenció de que no obtendría dinero sino bajo las mas ignominiosas condiciones, y se sintió tanto mas agraviado, cuanto que se le pidió que hiciera las paces con los escoceses, y así disolvió el Parlamento, cuyas sesiones habian durado apenas tres semanas, el dia 5 de mayo.

Una hora despues de la disolucion se encontraron dos miembros, Eduardo Hyde, que despues fué un célebre estadista é historiador bajo el nombre de Clarendon, y Oliver St. John, uno de los defensores de John Hampden. St. John era conocido por su cara sombría: aquel dia sin embargo la tenia risueña. Interrogado sobre la causa por Hyde que tenia el corazon oprimido por tristes presentimientos, le contestó: «Todo va bien, pero debe llegarse á mucho peor, para mejorar despues», y estas palabras no eran sino la expresion del sentimiento general. La oposicion consideraba la disolucion del Parlamento como una derrota para el gobierno; parecia que este apresuraba una catástrofe y que el próximo Parlamento le encontraría completamente indefenso. Ya habia asonadas en las calles de Londres. El palacio del arzobispo Guillermo Laud fué sitiado por mucha gente que gritaba y amenazaba, mientras otros se dirigian á la iglesia de San Pablo donde la Convocacion del clero contra la costumbre

establecida continuó sus discusiones despues de la disolucion del Parlamento, y á pesar de la protesta de varios miembros, adoptó nuevos dogmas que promovieron escándalo, concediendo por último al rey una importante suma durante seis años. Además contaba el gobierno para aumentar sus recursos con los subsidios irlandeses, la exaccion del dinero para buques y los donativos de los Lores. Otros planes concebidos con el mismo objeto, como, por ejemplo, el de disminuir la ley de la moneda, no llegaron á realizarse.

Pero á pesar de que apuró los medios que poseia, la situacion del rey era muy embarazosa. En ningun punto tenia la confianza ni la proteccion del pueblo, y aunque mandó prender á algunos de los aldermen de la City, no por ello se halló esta mejor dispuesta en su favor. La movilizacion de las milicias en el Norte luchaba con una gran resistencia, y el acuartelamiento y el equipo de las tropas ofrecian serias dificultades. Varios de los movilizados se mutilaban para no prestar el servicio y muchas veces los soldados pasaban á vias de hecho contra los oficiales. Cuando Carlos I llegó á York encontró al ejército en el estado mas deplorable. Le acompañaba Strafford, achacoso é irritable y que apenas podia sostenerse á caballo; pero á pesar de ello quiso tomar el mando en sustitucion del conde de Northumberland que se hallaba enfermo. Pero en seguida recibió la noticia de que los escoceses no esperaban el ataque, sino que, por su parte, habian emprendido la marcha hacia Inglaterra.

Los convenantistas habian adquirido grandes alientos con las noticias que les llegaban del reino del Sur, pues sabian que el puritanismo inglés los consideraba como aliados. Un lord inglés se habia ofrecido á traspasar la frontera, siendo bastante atrevido para unir á la suya la firma de varios otros lores de los mas conocidos. Además la actitud de la última Cámara baja les daba la esperanza de que no se les considerase como enemigos, sino que se les recibiese con los brazos abiertos como amigos. Reunieron un Parlamento por su propia voluntad, nombraron un comité permanente, dieron á Leslie el mando en jefe é hicieron todos los preparativos necesarios para entrar en campaña. En 20 de agosto cruzó el Tweed el pequeño, pero bien organizado ejército. Precedieron á las «gorras azules», muchas proclamas en las cuales se hacian constar los sentimientos fraternales de los invasores. Aquellos audaces caballeros, montados en sus pequeños caballos, aquellos fuertes montañeses con su pintoresco traje nacional, muchos de ellos armados únicamente con flechas y arcos, iban solo, si ha de darse fe á sus proclamas, «á remediar los males que habian sufrido sus hermanos y con la esperanza de ser protegidos por ellos en la lucha que iban á emprender por la causa comun.» Una parte del ejército inglés trató de impedirles, cerca de Newburn, el paso del Tyne, pero despues de un ligero combate rechazaron los escoceses al enemigo, pasaron á la otra orilla y el dia siguiente (29 agosto) entraron en Newcastle. Despues se extendieron por los condados del Norte y se apoderaron de Durham, Shields y de otros puntos, no haciéndoles resistencia el pueblo en ninguna parte.

El rey y Strafford habian salido de York en direccion del Norte, pero la noticia de los triunfos de los escoceses les habia obligado á retroceder, y aunque dirigian la vista á todas partes, en ninguna encontraban un rayo de esperanza en su desesperada situacion. El ejército estaba indisciplinado y no tenia ganas de combatir; en el pais crecia la agitacion de dia en dia y hasta varios individuos del clero se rebelaban contra los dogmas de la última Convocacion. La City, así como la compañía de las Indias orientales, se negaban á sacar al rey de sus apuros pecuniarios y por otra parte no po-

dia hacerse un empréstito en el extranjero. En el consejo privado hubo grandes reyertas, no pudiendo defenderse Strafford contra sus enemigos públicos y secretos. El edificio entero de la monarquía absoluta se desquiciaba; pero á pesar de ello el rey no queria convencerse aun de que era de última necesidad el convocar á elecciones para el Parlamento, y valiéndose de una costumbre muy anticuada, convocó los Pares del reino para York. Gran número de voces se dirigieron al rey para que, con la mayor premura, adoptase el único camino que podia conducir al bien del pais. Muchos miembros de la alta nobleza, entre ellos los condes de Bedford, Hertford, Essex, Warwick, los lores Brooke, Saye, Mandeville, le entregaron una peticion en la que declaraban que el único medio de salvacion para Inglaterra, era la pronta reunion de un Parlamento. La City no se dejó imponer tampoco y pidió lo mismo. Pym, Hampden, Saint John y sus correligionarios atizaban el fuego. Los adversarios del gobierno celebraban reuniones secretas, trabajaban el pueblo y sin duda alguna estaban en connivencia con los escoceses.

Lo que un nuevo Parlamento significaba se habia dicho bien claro: satisfaccion de las reclamaciones políticas y religiosas. Debía, como decia claramente la peticion de los Lores, «sujetar á los tribunales» á los fautores de las medidas ilegales y á los malos consejeros de la Corona y entregarlos al «castigo que hubiesen merecido.» Tal Parlamento debía convertirse en lo que habia profetizado John Milton, en un instrumento terrible destinado á dar golpes mortales. Pero no valia la reflexion; si el rey no queria sufrir en Inglaterra lo que le habia pasado en Escocia, debía ceder. La reina misma le instaba á ello, y Strafford se inclinó ante la dura necesidad. El Parlamento fué convocado para el dia 3 de noviembre.

Cuando los Pares llegaron á York el motivo principal de su reunion habia desaparecido; pero se aprovechó su presencia para entrar en tratos con los escoceses en Ripon y recoger el dinero que se necesitaba para el sostenimiento de las tropas reales (1). El municipio de Londres dió por ruego de los Lores, la suma de 200,000 libras que le debía ser reintegrada por el Parlamento. Los escoceses convinieron en no avanzar mas, pero conservaron á Northumberland y Durham hasta la conclusion de un tratado definitivo y recibieron diariamente 850 libras de los condados del Norte que tambien pidieron se les resarciera por el Parlamento. La época del absolutismo real habia concluido; Carlos I perdió la direccion de los negocios del Estado. La preponderancia del Parlamento se dió á conocer aun antes de que se reuniese.

CAPÍTULO IV

REUNION DEL PARLAMENTO LARGO Y PROCESO DE STRAFFORD

El dia 3 de noviembre de 1640 se dirigió el rey, sin pompa y en un sencillo bote, de Whitehall á Westminster y abrió su quinto Parlamento que se hizo célebre con el nombre de Parlamento largo (2). Aquella memorable asamblea que

(1) Notes of the treaty carried on at Ripon, taken by Sir John Borough Garter King of Arms, ed. by John Bruce (Camden-Society 1869).

(2) El conocido poeta Tomás May, mientras duraba aun el Parlamento largo, empezó á escribir su historia bajo el título de *History of the Parliament which began 3 nov. 1640*, y que se publicó por primera vez en 1647. Su libro estaba escrito con el espíritu de la oposicion y con intencion de que produjera cierto efecto en el pueblo, pero era muy moderado y de carácter objetivo. En el año 1650 publicó su *Breviary of the History of the Parliament etc.*, menos apasionado, á consecuencia de los progresos que habia hecho la revolucion. Se conservan aun anotaciones de algunos miembros de la asamblea; como por ejemplo: los *Verney Papers* publicados en 1845 por la Camden Society (véanse asimismo los